

GENTE JOVEN

2 DE OCTUBRE DE 1905

PRECIO: 0'30 CÉNTIMOS



SEMANARIO

LITERARIO

Gente Joven

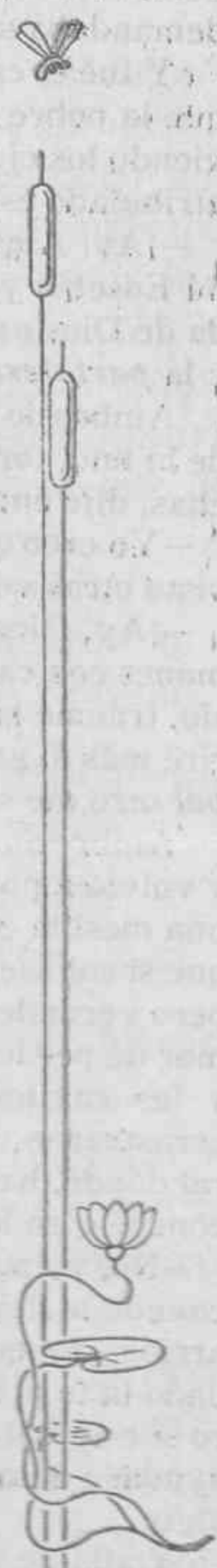
JUEGOS FLORALES

NUESTRA REINA

Fot. de Venancio Gombau



SEÑORITA MATILDE DE LIS



LAS TABAS DE LA ENDRINERA

Non in rebus fides, sed in Deo.

I

UNA DE VARIAS COSAS que daban fama á la Endrinera, sobre todo los pueblos en diez leguas á la redonda, era el relicario de la tía Eusebia de virtud tan prodigiosa y *aprobada* (según el dicho vulgar) que lo mismo se aplicaba á un parto que á la caída de un carro y de igual modo se lograban, mediante él, los buenos temporales, que se evitaban los malos. Por eso la gente del lugar, á los catorce artículos de la fé, había añadido uno más que era el de creer á piés juntillas en la eficacia de las veneradas reliquias habiendo, en esta fe que pudiéramos llamar vecinal, una sola excepción y ésta guardada y escondida bajo siete llaves: la de Ambrosio el vinculero, seminarista renegado y, como tal, curado de espanto, descreído y maldiciente, cuando hallaba razón para ello, de todo lo tocante "á la Iglesia y sus arrabales."

Este tal Ambrosio tenía una mujercita, delgada como un alfeñique y menuda como una lenteja, que, cada vez que se ponía en trance de aumentarle la sucesión, pasaba las de Caín, y aún las de Abel; porque las crías que echaba al mundo, trasuntos fieles de su genitor, que era un hombrachón de tomo y lomo, no encontraban, para venir á la vida, aquel holgado espacio y fácil salida que demandaba su robustez.

Y fué el caso que, en la última de las ocasiones en que la pobre mujer se vió en trance tan apurado, volviendo los ojos mortecinos y la cara angustiada á su atribulado esposo le dijo en tono suplicante:

—¡Ay! Ambrosio, si quisieras pedir el relicario á la tía Eusebia yo saldría con bien de estos ahogos. La ayuda de Dios *nesecito* que las mis fuerzas están ya *agotás* y la *partolera pa* maldita la cosa que me sirve

Ambrosio que, como hemos dicho, era un renegado de lo fino, torció el gesto y, evitando el contestar á derechas, dijo entre dientes:

—Yo creo que no es el caso para tanto; peor te has visto otras veces y has salido adelante, cordera.

—¡Ay, Dios Santo!—replicó la mujer, echando los pulmones con cada sílaba—no me quites ese *aquel*, Ambrosio, tráeme las *reliquias* que si me muero con ellas, moriré más á gusto y, si no me sirven ya pa este mundo *pal* otro me *sirvirán*.

Ambrosio, sin replicar una palabra, salió del cuarto y volvió á poco tiempo con el relicario que dejó sobre una mesilla cercana á la puerpera con la presteza misma que si soltase una brasa ardiente. Era, él, hombre sin fe, pero verdaderamente encariñado con su esposa y, el temor de perderla, el pensar en la horfandad de sus hijos y las cavilosas propias de su temperamento, le arrastraron, sin quererlo, á ese mundo de lo sobrenatural donde, hasta los menos creyentes, buscan alivio y consuelo en los grandes apuros de la vida.

—No, yo no creo en esto—decía mirando el relicario cuando le llevaba á su casa—yo no creo en nada de tejas arriba—repetía con la sangre fría propia del que ha saldado la fe primitiva con el descreimiento posterior... pero si esto salvase á Magdalena, ya deshauciada, si le ayudase á salir de su estado, sería cosa de creer en algo.

Y allá de lo hondo del alma, donde sólo llega la agi-

tación producida por las grandes tristezas, surgió el recuerdo de aquella fe sencilla que tuvo en su infancia y sintió que por un instante, se apoderaba de él una emoción inefable y que el relicario temblaba en sus manos. En tal situación llegó cerca de la infeliz paciente la cual, poniendo sus ojos en aquel y tornándolos luego al afligido esposo, le dijo con voz desfallecida:

—Gracias, Ambrosio y que Dios y las santas reliquias nos ayuden á *dambos*.

Ambrosio no pudo resistir más y, transigiendo con lo sobrenatural, y agarrándose á lo divino como á un clavo ardiendo, cayó de rodillas junto al lecho.

—Señor, decía entre sí mientras sollozaba con hipoes de angustia, Señor, si quieres convencerme, ahora tienes ocasión de hacerlo. Mi pobre mujer está humanamente deshauciada. ¡Sálvala y creeré en Tí y en las reliquias y en todo, en todo... pero sálvala, Señor por mí, por mis hijitos!...

Levantó la cabeza y vió á la moribunda abrazada á las reliquias y acezando con el estertor de la agonía. Unos momentos más y aquella vida había terminado, dejando, como recuerdo, señales indelebles del sufrimiento, en las amoratadas mejillas del cadáver.

Ambrosio sintió una violenta sacudida en todo su ser. Al decaimiento que le produjo la penosa agonía de su compañera, sucedió una terrible agitación, un estado de esos que los psicólogos modernistas llaman pasionales en que el alma y el cuerpo, dóciles á la sugestión, se dejan subyugar por una idea dominante y avasalladora.

Y nuestro viudo, apenas se dió cuenta de que lo era, al ver juntos el relicario y el cadáver de su mujer, es á saber: lo que más odiaba y lo que más quería, el objeto de todas sus prevenciones de renegado y el de sus mayores afectos, cogió el primero entre sus manos trémulas mirólo después con ojos extraviados y llegó hasta hacer ademán de tirarlo; pero cambiando repentinamente de idea, lo apretó contra su pecho y salió de la estancia con trazas de loco rematado. Encerrose en su cuarto, y sin vacilar, dió comienzo, con diabólica sonrisa en los labios, á la obra más sacrilega que puede idear un enemigo jurado de la fe: abrió primero el relicario, sacó de él las veneradas reliquias, que despedían un suave aroma de flores secas, arrojolas por la ventana sin el menor asomo de temor y las sustituyó, tranquilamente, por unas tabas ó choquézuelas, de carnero, con que jugaban sus pequeñuelos.

—¡Ah!—se decía en su desvarío—¡van á adorar las tabas estos brutos de la Endrinera! ¡Y las atribuirán milagros y prodigios sin cuento como á esos otros huesarracos que acabo de arrojar á la calle! ¡Pobre mujer mía, te voy á vengar!

Cogió el relicario y, con fingido ademán de reverencia, se lo entregó á la tía Eusebia diciéndola con aliento de resignación:

—Tome V., buena mujer y que Dios le pague á V. su buen deseo. Si esta vez no sirvieron no fué culpa de nadie.

—V. lo ha dicho, señor Ambrosio, contestó aquella y que Dios le de á V. salud *pa* encomendar á la *defunta*.

Esta última palabra le hizo volver á la triste realidad y, vencido por ella, se arrodilló de nuevo deshecho en lágrimas, ante el lecho mortuario.

II

La fama del relicario y la de loco que había cobrado Ambrosio crecieron por igual, no sólo en la Endrinera

sino en todos los pueblos del contorno. Y había razón para este que pudiéramos llamar paralelismo de ambas reputaciones; pues nuestro hombre que, al principio se gozaba secretamente en los prodigios que obraban las consabidas tabas, y reía sin que lo oyera el cuello de su camisa, de la credulidad de sus convecinos; cuando la fama del relicario llegó á punto de que se le dedicase una ermita y á ser objeto de devociones y romerías, entonces, la oculta satisfacción de aquel se tornó en rabiosa protesta de que daba, á cada paso, públicas muestras. Y lo mismo era ocurrir un milagro que estar allí Ambrosio para decir á grito pelado y con ademán descompuesto que aquello no eran reliquias sino tabas de carnero y que no fueran tan estúpidos que prestasen fe á cosa semejante cuando á su mujer no la pudieron salvar las verdaderas reliquias.

Pero cuanto más se esforzaba menos creían en él y la fe en aquellas aumentaba en la misma medida que él trataba de desacreditarlas y al mismo tiempo que la comiseración que creyéndole orate, sentían por él sus convecinos.

—*Probe* Ambrosio—decía la tía Eusebia, está más loco que una chicharra en verano y *tóo* por *mor* de que vino tarde, cuando el parto de la su mujer, por las *riliquias*.

Y sucedió, y aquí viene lo bueno de esta verídica narración, que un día caluroso de verano, á cosa de las once de la mañana, se desencadenó sobre la Endrinera una furiosa tempestad de esas que justifican el conocido adagio

“De *nublaos* por la mañana
y *concejos* por la tarde...
Dios nos guarde!

Temeroso el pueblo de que la nube, que había arrasado las cosechas de los pueblos cercanos, hiciese lo mismo con las suyas corrió en masa hacia la ermita y, sacando de ella el relicario, lo llevó procesionalmente hasta la plaza.

Hizo allí alto el concurso para cantar el trisagio, devoción solemnisima y edificante espectáculo en que, á la voz grave y quejumbrosa del sacerdote, contestaba el pueblo al unísono y con acento contrito:

“¡Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de Tu gloriá!”

En tales instantes abrió paso entre la gente Ambrosio y cogiendo el relicario, antes de que nadie pudiese evitarlo, lo arrojó contra el suelo gritando:

—¡Lo véis, estúpidos de la Endrinera, lo véis, son tabas de carnero con que jugaban mis hijos al salir de la escuela! ¡Lo véis!..

No pudo decir más. Un rayo lo derribó en tierra carbonizado y un trueno formidable siguió el fulgurante relámpago.

Desde entonces el pueblo, que estimó aquella muerte como castigo del cielo, cambió de opinión respecto de Ambrosio y así como antes le creyó loco, desde su trágico fin le consideró como un réprobo condenado á las llamas eternas. Pero el párroco que era varón prudente y discreto, obligó á sus feligreses á que encomendasen á Dios el alma del difunto y así que tuvo ocasión subió al púlpito y les predicó una muy sentida plática, reprendiéndoles por su ligereza en los juicios, á la que puso por remate, sacándolo del fondo de su patología, el conocido texto latino:

Non in rebus fides, sed in Deo.

Y he aquí, caro lector (como me la contaron te lo cuento) la verídica historia de *Las tabas de la Endrinera*.

LUÍS MALDONADO.

NO HAN SIDO HABIDOS

Ó COMO DECIA escribiendo á su esposa un diputado muy caprichoso en asuntos ortográficos, al que robaron una noche cuanto llevaba encima: “*E* dado parte á la policia pero los ladrones no han sido *ávidos*..”

Pues si llegan á serlo ¿qué le hubieran quitado?

El epígrafe de mi artículo que no es de los de primera necesidad ni mucho menos lo habrán leído ustedes no pocas veces en las segundas planas de los periódicos, después de la noticia de un robo, es inevitable esta coletilla.

¿No será también después de celebrados los *Juegos Florales* que organiza la simpática GENTE JOVEN?

¿Descubrirá nuestra juventud literaria, esta juventud salmantina con arresto para empresas grandes, que no es pequeña la que al presente está realizando, descubrirá algún nuevo poeta castellano que heredero de la musa galaniana torne á cantar nuestros campos, nuestra gente charra?

Tal como se va poniendo *eso* de los *Juegos Florales* resulta esta pregunta mas complicada que los logrogrifos de Novejarque, pero hay que llevar alientos al corazón de los jóvenes que con envidiable entusiasmo realizan labor hermosa de cultura regional y bien merecen los organizadores del Fondo Literario que un nuevo poeta vuelva á pulsar la lira que desde la muerte de Galán “cuelga silenciosa de no se que árbol olvidado de las riberas del Tormes..”

Al menos los redactores de GENTE JOVEN no se ocupan en organizar corridas de toros, ni bailes más ó menos benéficos. Y esto ya es algo.

J. POLO BENITO.

SÓLO UNA CUARTILLA

Felicitémonos, siquiera sea por la historia de Salamanca y por el brillante pasado de su famosa Universidad, de que aún haya aquí juventud estudiosa y de que aún queden estudiantes que estudian y que alcanzan tiempo para ocuparse de cosas útiles.

El entusiasmo y los alientos de GENTE JOVEN, organizando por sí sólo un torneo literario, merecen ser muy celebrados por todos los buenos salmantinos.

J. BAJO Y CID.

Lema: ARTE.

TARDE DE OTOÑO

(POESÍA PREMIADA CON LA FLOR NATURAL)

¡QUE DULCE y magestuosa cae la tarde!
¡Páreceme que corre por mis venas!
Su calma tibia y su dulzura angusta
con la del cielo limpia transparencia,



LUÍS ROMANO CUESTA

Fot. de Venancio Gombau

están dentro de mí y en mí las siento
fundidas con mi sangre que serenan.
El inquieto pensar se ha vuelto tardo;
dijérase que envuelto en una niebla,
perdido había su latir brioso
y enoñábase á bien con la conciencia.
Y el campo, bajo el sol, dormita en calma,
y tendida la vid en la ladera
resguarda el fruto que en su seno esconde,
de los rayos de aquel, que amarillean
y hacen visible sobre el pardo yermo,
los mustios bordes de trilladas sendas.

¡Que bien estoy aquí, sobre este banco
cuyo lomo granítico conserva
los besos que desgastan de las lluvias,
y los del sol, profundos, que lo agrietan,
y que á miles de insectos ignorados
en sus cimientos húmedos alberga!
¡Que bien estoy aquí!

Desde este poyo
siento el fresco de la entornada puerta
—que de la casa el interior ensombra,—
y el canto escucho de mi amada y tierna
que descende hasta mí dulce y tranquilo
y hace grato el tragín en la vivienda,
y en mi casa también, se oye más lejos,
la loza que entrechoca y fregotea
cantando la Pilar, robusta moza
de blancos dientes y de faz trigueña.

Y no lejos de mí corre un arroyo
de sucias aguas, en el cual abrevan
los perros vagabundos de la calle
y hozan los puercos de brillantes cerillas,
y pican las gallinas tras los gallos
y barcos de papel los niños fletan
con las caras al sol y el pelo al aire;
montón de harapos y enlodadas piernas.

Lénto camina el sol hácia el ocaso
dejando tras de sí rojiza estela
añorante girón de luz divina
que ha de borrar la luz de las estrellas.

Y en las lindes del cielo que parecen
frágiles trozos de azulada seda
tras de los cuales lo divino vive

ideal tal vez se encuentra,
sigue al sol dulce y tranquila
su fiel, su dócil hembra.
Tarde, tarde de Septiembre,
una correa por mis venas!
va mediado y es preciso
las que de él nos quedán:
la amada cuyo nombre
mis labios ha de conmoverta
sería sentir en las entrañas
su voz tido en cadencias.

¡Mujer, deja el trabajo
se oculta y tálamo la tierra
ofrécenos magnánima
seno de extensión inmensa!
acude á mí porque en mis brazos,
el silencio de la casa temas
en los rincones y en las sombras
anse medrosas tras las puertas
hace presentir miradas
y malignas nos acechan,
de el misterio de innombrables,
de conocidas cosas muertas;
de encontrar tal cual lo quieres,
sentir y grande en fortaleza.
Tras de mí, se ha oído el firme
rincero de su andar de reina.

II

¡Oh mujer que aún es de día,
mi bien, sobre la tierra
tu rostro peregrino tiene,
de luz, reflejos de belleza,
decese al sol manso y supina
tu vida gozadora eterna!
¡Oh los labios del amante pródigo
de senos que la vida llena.
¡Oh mujer!

Tu rostro tiene
hermosura de la tierra,
bollado por mi mano joven
de sus caricias su pureza
de grana, ya marchitos,
de una flor que nació muerta,

¡Oh que al abrirse en el benigno otoño,
matóla el viento de la helada sierra.
Hay algo en ti, mujer de mis amores,
que trasciende á reliquia, que recuerda
las flores aplastadas que un breviario
guarda en sus hojas de apretadas letras,
marcadas por el tiempo con su noble
dorada mano.... ¡venerada huella!

También el fuerte lazo que nos une
—como á trechos presentase la tierra
conservando verdes de bestio,—
tiene recuerdos de esperanzas muertas.

¡Misterioso pasado, inagotable,
fecundo engendrador de vidas nuevas!
¡Qué hermoso atardecer! Dios bondadoso
detiene al sol que por los campos trepa
bañándolos en luz resplandeciente.

Dijérase que envuelto en la serena
rojiza onda de luz, Dios descendía
para más tarde recorrer la tierra
mirándola amoroso y dolorido,
á la pálida luz de las estrellas.

Igual que el lento agonizar del día
muere en nosotros la pasión suprema
¡La fértil tierra ha producido flores
y encuéntrase entrojada la cosecha!
Nuestra vida, mi amor, jamás ha sido
cual son las pajas que el arroyo lleva;
nuestra vida, mujer, ha sido pródigo
y ha sido á nuestro espíritu benéfica.
Por eso nuestro otoño no es temible,
ni es temible la muerte que se acerca:
la muerte es mala si la vida es mala
y honra la muerte si la vida es buena.

¡Hermoso atardecer! más bien parece
florido amanecer de primavera!

¡Volvámos á la casa silenciosa
que ha de ser dulce, el porvenir en ella
y el que está por llegar nos necesita
para hacerle agradable la existencia.

¡Volvámos á la casa. Cae la noche
y en el cielo florecen las estrellas.
De rodillas mi amor: se escucha el Angelus.
En el nombre de Dios, bendita seas!

LA INSINCERIDAD

EN MUCHO de lo que diariamente se escribe, y en gran parte de lo muchísimo que se habla, se nota un sello convencional, un sistemático apartamiento de la verdad.

El que escribe ó habla, siente y conoce algo más de lo que dice; pero oculta cuidadoso generalmente el fondo de su pensamiento, y lo que considera hostil á los intereses creados por la injusticia ó el abuso.

El deseo de gozar de las comodidades de la vida, y el afán de adquirir capital, determinan casi siempre los síntomas de esta dolencia social.

Hay que buscar el equilibrio entre elementos opuestos, hay que transigir con el mal, y es preciso, en los edificios levantados con ficciones, apelar también para su sostenimiento á la ficción y al disimulo.

Lo convencional forma un cuadro, dentro del cual giran las apreciaciones y los juicios.

Y ese mismo convencionalismo impera en la literatura que, como no la engendra generalmente el sentir y la emoción, la viste el servil espíritu de imitación

Yo no sé si Gorki, el celebrado escritor ruso, leerá los escritos de algunos de nuestros literatos; pero si conoce el castellano y los lee, de seguro se habrá maravillado del éxito que alcanzaron, entre nosotros, sus constantes invocaciones á la vida, repetidas aquí como signo de distinción literaria.

El goce de la vida, la creación libre de la vida, la alegría del vivir, el sentido de la vida, el purificar y el abordar la vida, así como el vivir de su vida íntima, él las trajo á nuestra circulación literaria, en la cual aparecen como hojas secas, desprendidas de aquel espíritu eminentemente observador, mundial, práctico y frío, que las prestó energía y jugo.

Pues así, generalmente callando, cada cual lo que de veras siente, para decir lo que juzga le conviene, en forma que elaboró muchas veces un ser distinto, para verter en ellas con fidelidad sus goces, sus dolores ó sus esperanzas, muere la sinceridad que es el secreto de la fuerza.

De este modo desaparece lo vario lo distinto, lo original, lo verdaderamente propio, y el convencionalismo lo identifica y uniforma todo, ahogando al nacer el generoso impulso, el movimiento noble, la aspiración redentora, exclamando: "eso no puede decirse."

Por qué no? Con razón decía Fausto: "Si no

puedes arrancar notas á tu corazón, tus escritos serán estériles, como el viento del otoño, que gime entre las hojas secas."

No pienso, decía el P. Feijóo, que el cielo con toda sus luces ó la primavera con todas sus flores, presentan tan apetecido objeto á los ojos como el que á la humana curiosidad ofrece la variedad de juicios, afectos y pasiones de aquellos con quienes trata.

Uno de los mayores títulos que ostenta, para mi el Sr. Unamuno á la consideración pública, es el de haber tratado de inculcar incesantemente en el corazón de la juventud el amor á la sinceridad.

La falta de verdad, erigida en sistema, produce naciones enfermizas, y crea organismos gastados y caducos, dirigidos por manos inertes, que dejan rodar los países hacia fines desastrosos.

A impulsos de tal sistema, mueren el vigor y la fé, y solo sobrenadan la conveniencia y el lucro, reguladores de la conducta social.

Pasa algo parecido á lo que Voltaire decía de la vida de Lóndres en sus "Cartas filosóficas": "En la Bolsa de Lóndres se codean mahometanos, judíos y cristianos, como si todos fuesen de la misma religión, porque allí no se conocen más infieles que los que quiebran.

Escritores y políticos en general se guardan de la sinceridad como de un capital defecto, y parece que llevan grabado en el alma el recuerdo de aquel dicho de Terencio: "Veritas odium parit."

Es la verdad como el sol canicular, vivísimo, hermoso, resplandeciente; pero los más se guardan de sus rayos.

Nosotros creemos que la verdad es el termómetro que marca los grados de elevación y cultura de los pueblos, y que el respeto á esa virtud es el secreto de la prosperidad.

Por eso Enrique IV decía, inspirándose en ese ideal engrandecedor: "Me remordería la conciencia si hiciera mal á un hombre por haber dicho la verdad."

Y por eso, sin duda, aquel rey bueno, echó los cimientos de la grandeza y preponderancia de Francia."

No sin razón, pues, el espíritu formal y noble del pueblo alemán condensó en este adagio el justo horror á la mentira y el culto fervoroso á la sinceridad.

Wer lügt, der stiehlt.

A. GARCÍA MACEIRA



EUGENIO DE CASTRO

EL INSIGNE POETA portugués, á quien Salamanca recibe en estos días con cariñosas y justificadas demostraciones de afecto, es un hombre bondadoso y sencillo, que se hace querer por la afabilidad de su trato y por la llaneza de su modestia. En pocas palabras: es un hombre de genio sin *pose*, mérito valioso, porque si escasean las personas que reúnen las prendas que constituyen el genio, mucho más raras son las que poseen estas prendas y las saben llevar.

Domina en toda la obra de Eugenio de Castro un espíritu de esa aristocrática elegancia que parece ignorarse á sí misma y que simpatiza tanto en los sentimientos populares como aborrece las afectaciones burguesas. La poesía de Castro es una rica hembra, de linajuda estirpe, de presencia arrogante y de corazón tierno y delicado, una hermosa dama que gusta de la sencillez rústica, y que, cuando se viste de campesina, se convierten en ella los más humildes adornos en señoriles galas, y de su graciosa persona se desprende un aroma de esquisita nobleza. Asoma á los labios de esta gentil señora una burlona y discreta sonrisa, en la que se enlazan y se funden las amargas tristezas de un corazón sensible y las frescas y comunicativas alegrías de un corazón generoso. Pensando en ella no puedo menos de recordar aquella encantadora imágen de la Reina Santa, esculpida por Teixeira López y venerada de Santa Clara de Coimbra; aquel rostro es el que refleja la grandeza de un alma consagrada al sacrificio é iluminada por los destellos de bondadoso amor. La musa de Castro es triste, pero no llora ni solloza: sonrío dulcemente.

Leeis á este poeta y conoceis al hombre. Las delicadezas de su estilo son hermanas gemelas de las delicadezas de su autor. No encontráis en el autor de *Constanza* esa solución de continuidad, que muchas veces establecé un contraste entre el autor y su obra. Y no se encuentra porque Eugenio de Castro es uno de esos verdaderos artistas que tienen su taller dentro de sí mismos, y que al componer sus versos van labrando su propio corazón.

Constanza es el poema donde mejor se descubren las cualidades de Eugenio de Castro. Se admira en esta composición la elegante galanura de la forma, el sentimiento de la belleza plástica, propio de los grandes artistas del Renacimiento, y á la vez una sagacidad psicológica, dirigida por su gusto sagaz y delicado. Maestro en el arte de pintar con suaves

tonos los encantos de la belleza plástica femenil, sabe, sin herir el pudor de las almas hermosas, despojarlas de los ropajes que ocultan sus íntimas gracias, y, con inspiración feliz, enfrente de la sangrienta tragedia que arrancó copiosas lágrimas á las ninfas del Mendigo, desconsoladas de ver que los feroces escrivas de Inés de Castro no se rindieron ni á los prestigios ni á las súplicas de una peregrina beldad, reconstituye el poeta la tragedia íntima de la mujer, herida de muerte en sus sentimientos más arraigados, y víctima de la traición del esposo y de la amiga, de los dos seres á quienes había consagrado todas las ternuras de su alma.

J. NOMBELA Y CAMPOS

IRMÃSINHA DOS POBRES

A D. Luis Maldonado.

Essa, que jóias mil trouxe brilhando
 Nas mãos e no cabelo embalsamado,
 Irmã dos pobres, com uma irmã ao lado,
 Vae hoje pelas ruas esmolando.

E' a lyra de Orpheo seu modo brando:
 Todos lhe dão! Porém, um seclorado,
 Immundo ser, um dia, ao ser rogado
 Na saca aberta lhe escarrom mofando,

Ante a affronta brutal, nem mesmo cora
 A ultrajada flor humilde e triste,
 Antes sorrindo com doçura insiste:

— "Isto foi para mim, porém agora
 Para os meus pobres dê-me uma esmolinha...,
 E o confuso vilão deu-lhe o que tinha.

EUGENIO de CASTRO.

Juegos florales, juegos intelectuales.

ES UN TÓPICO de orador socialista el exclamar ante la reunión: "Nosotros somos todos unos, todos obreros; unos de la inteligencia, otros del músculo; manuales é intelectuales ambos ganamos la vida con trabajo."

Este rasgo oratorio, y otros semejantes, que

me parecen muy poéticos, son ¡ay! poco conformes con la verdad. De demostrarlo así se ha encargado un endiablado yanki, un tal Atwater, el sábio director de la *Estación experimental de alimentación del departamento de Agricultura en los Estados Unidos*, el cual ha calculado, medido y pesado, directa y totalmente las pérdidas de energía que un hombre experimenta en las varias circunstancias de su vida.

Y de estos experimentos y estudios conocidos ya por todos los que cultivan ciencias biológicas, resulta que..... los socialistas de mitin no tienen razón. Es decir; resulta que nosotros los obreros intelectuales, no gastamos fuerza; ni por lo tanto músculos, calor ni otra forma conocida de energía con nuestro *trabajo* intelectual. El famoso fósforo del cerebro, no parece que se gasta —sin duda por falta de raspa— hágase ó no labor de pensamiento. El abogado dictando un pedimento, como el médico escribiendo una receta, como el ministro contestando una interpelación; no gastan más que lo que gasten sus laringes respectivas; es decir, los músculos que intervienen en la emisión de la voz ó en el trazado de las líneas sobre el papel en otro caso.

Y esto tiene una traducción económica. Obrero manual que come mal, rinde mal trabajo. Pero el pensamiento no se altera en su cantidad por falta de condumio. Las ideas serán tristes ó agresivas, cuando el hambre le ponga á uno de mal humor; pero tan ideas son esas como las más poéticas, altruistas y benéficas. Para pensar hace falta comer, porque hace falta existir; pero no rinde más pensamiento ni mejor; el que más y mejor come.

Y entonces, qué explicación dar de los extragos del excesivo trabajo intelectual?

Las enfermedades que acarrea el exceso de labor ó de producción intelectual, no vienen directamente de esa producción. Vienen de la falta de sueño, que perturba como la sedentariad, todas las funciones vegetativas. Son bien semejantes á las que pueden padecer los que se estuvieran todo el día tirados en una hamaca pensando en las musarañas, que, según se dice, es un pensar sin pensamiento.

Juguemos, pues, sin miedo á los juegos intelectuales, como á los juegos corporales. Éstos adiestran el músculo, los otros la mollera; unos facilitan el riego de la sangre por el cuerpo, aquéllos por la cabeza. Y el pensar es económico. Cuesta igual idear una tontería que un teorema que no sea tonto.

Con lo cual convendrán ustedes que á igualdad de precio, mejor es ser ateniense que beocio. —DR. PINILLA.



A la Reina de la Fiesta.

Hermosa Reina que subió hasta el Trono
 timbada con los lauros del poeta,
 Reina soñada en cielos de poesía,
 sueño encarnado en la ideal belleza.

Nuestra indómita frente, que se yergue
 siempre ante las grandezas de la tierra,
 sólo ante tí se dobla y rinde culto
 á su Reina de Amor y de Belleza.

Reina serás de un día; te ha elevado
 un soplo de poesía pasajera;
 pero el Amor eterno
 te ha de hacer ser eternamente Reina,
 Reina del alma y corazón de un hombre,
 que adora tu virtud y tu belleza.

GENTE JOVEN.



LA CORTE DE AMOR

ACOMPANARÁN á la Reina de la Fiesta, en su Corte de Amor, las señoritas Juana Aparicio, Anita Olano, María Hortal y Amparo Villegas.

Con esta noticia escueta estaría cumplido el elogio de la Corte.

Los que aquí viven y por su dicha contemplan con envidiable frecuencia á las encantadoras señoritas que llevan estos nombres, no necesitan de amables panegíricos. Ellas llevan en sí, en el alma de su belleza, un mundo que admirar, y como única alabanza se nos ocurre decir: "Mirádas..."

Pero no todos tienen la fortuna nuestra de poder hundir miradas en las caras perfectas, delicadamente espirituales, de las cuatro hermosas que rodean esta noche el Trono de la Hermosura.

Y acordándonos de vosotros, los que paso á paso, con constancia que agradecemos, seguís devotos nuestra labor primera, fijaremos en el número próximo de GENTE JOVEN el grabado que más halagará á vuestros ojos de carne y vuestro corazón de espíritu: el reflejo imperfecto de cuatro vírgenes, nacidas por bondad del cielo en tierra española.



